

ETICA PARA UNA NUEVA SOCIEDAD

CARLOS ALBERTO CALDERON ALVAREZ

Escrito en Kenia, África, en junio de 1995

Estudios Quirama.

La Ética normalmente ha sido considerada como un área de la Educación; y ello está bien, Sin embargo, reducirla a ser simplemente una asignatura más del proyecto educativo, es empobrecer a ambas, a la Ética y a la Educación misma. Quisiera asumir en este aporte, una perspectiva de reflexión mucho más amplia, diríamos, más integradora; de allí, la razón de ser de una parte del título: La Educación, acto Ético. Esto da a ambas, a la Ética y a la Educación una perspectiva especial y les abre horizontes insospechados. Asumir esta perspectiva integradora entre si acto educativo y el acto ético son de trascendental importancia, de manera especial de cara al debate ético que ha animado a nuestra sociedad colombiana en estos últimos años. Nuestra profesión no es ni mucho menos abordar de una manera sistemática y organizada toda esta temática con sus implicaciones; ello escapa a nuestras posibilidades actuales; otros lo sabrán hacer con competencia mayor. Nuestro deseo se inscribe en la línea de aportar elementos para la reflexión, para la discusión, para el debate; y sobre todo, «provocar» un proceso de búsqueda y de descubrimiento de las implicaciones entre el mundo ético y el mundo educativo; de manera especial, sobre la ineludible responsabilidad que pesa sobre cada uno de nosotros para lograr que la reflexión ético-educativa sea mucho más que eso; es decir, que se convierta en un proyecto existencial personal e institucional desde el cual sepamos asumir nuestra condición de padres de familia, de esposos, de educadores, de profesionales o dirigentes.

1. LA EDUCACIÓN: UN ACTO ÉTICO

Nuestra reflexión quiere abordar en primer lugar la educación, entendida como un acto ético ella misma. Esta formulación, hecha así simplemente, nos llevaría a un trabajo mucho más estructural, más de carácter filosófico, el cual queremos dejar a un lado en este aporte y lo hacemos no por

minimizar la importancia de este trabajo de fundamentación filosófica, de comprensión interna tanto de la Ética como de la Educación y sus implicaciones mutuas; lo hacemos porque nuestro aporte se inscribe más en la línea de «provocar» un acercamiento inmediato, diríamos, más «dramático» a problemática.

1. Educar, acto ético familiar

Digámoslo de una vez y sin mayores premisas: la familia tiene un imperativo moral fundamental, radical: educar, ésta afirmación, que pareciera tan obvia y evidente, no lo es a la hora de la verdad.

Uno de los aspectos de la crisis de la estructura familiar actual es precisamente este vacío educativo de la familia, esta ausencia de responsabilidad pedagógica, de conciencia formadora.

Sin convertirnos en «profetas de desgracias, ni mucho menos culpabilizadores ligeros de la estructura familiar sí tenemos que constatar, como ya lo han hecho muchos, la renuncia de la familia a su responsabilidad educadora, a su papel formador.

Una renuncia que evidentemente tenemos que calificar, o no es solamente una «renuncia voluntaria»; lo es también obligada, exigida. Se puede desconocer que la familia, en el contexto de la realidad económica política y cultural actual, está fuertemente golpeada, que en buena parte su va educador, formador está determinado por las condiciones económicas, políticas.

1. No abordarnos aquí la definición de educación; simplemente queremos ubicarnos en la comprensión de la educación como el acto de «sacar afuera» del ex-ducere la «humanuín» que hay al interior de cada hombre y de cada mujer que viene al mundo entonces el acto de «introducir ideas o rellenar de conocimientos en la perspectiva de ea bancaria denunciada por Paulo Freire, sino como acto de acompañamiento al descubre la sabiduría de a vida que hay en cada Ser Humano debe producir creadores, no criaturas...» culturales de nuestra sociedad.

2. Aquí habría que ubicar con claridad la responsabilidad del Estado y sus instituciones pertinentes, en este «desbarajuste» educativo-familiar que presenta la sociedad colombiana. Pero esta renuncia de la familia a asumir su papel educador, a convertirse en la matriz en la cual el niño asiste al maravilloso parto de la verdad de sí mismo, de la verdad del otro, de la verdad de la naturaleza (del ecosistema), de la verdad de Dios, que es la Educación, es también una renuncia «voluntaria».

No podemos negar que muchos padres de familia, ya sea por una falsa comprensión de su papel paterno-materno, ya sea por una decisión consciente de irresponsabilidad, o por una comprensión claramente egocéntrica y utilitarista de la vida, han renunciado al sagrado deber de ser pedagogos, acompañantes de sus hijos y de sus hijas en ese proceso de autodescubrimiento de su dignidad humana, de la de sus semejantes; en ese nacimiento a la verdad, al amor, a la justicia, que es la Educación

3. La familia, por esencia, por estructuración a sí misma, tiene entonces un primer imperativo moral fundamental que es la Educación. Si ella renuncia voluntariamente a esta responsabilidad y obligación, estará labrando su propia tumba. Si permite que el Estado, la economía, la política, la institucionalidad social y cultural obstaculicen su dimensión educadora o no le brinden las condiciones necesarias para ejercerla, estará entonces labrando la tumba de la sociedad. Es irremplazable este imperativo moral que la familia tiene en el proceso de desarrollo de las personas y en la construcción del tejido social.

Muy poco, por no decir nada, podrían hacer la escuela o las otras instituciones sociales ante el vacío de educación familiar con el cual llegan los niños y los jóvenes a estos dos espacios de crecimiento y socialización. Vale la pena que una vez más se insista en esta dimensión educadora de la familia y de cada uno de sus miembros a pesar de que, tal vez para muchos, reiterada saturación de escritos, foros, reflexiones que caracterizó el año internacional de la familia.

2. Sería un acto de ingenuidad imperdonable o un pecado de perspectiva histórica desconocer que la estructura económica actual con sus implicaciones en las personas concretas que forman la familia y en sus condiciones de vida (empleo, vivienda, salud, acceso a la escolaridad, etc...)

está a la base de este vacío educativo que constatamos erija estructura familiar actual.

3. Esta Renuncia voluntaria, quizá provenga de una comprensión de la familia como un simple esradero al que se llega para satisfacer necesidades personales, para cumplir con la tarea de «poder lograr la especie», lanzar hijos al mundo y dejar que éstos sean educados, diríamos más bien, «deseducados» por los medios de comunicación social o por el ambiente cultural de turno.

Algo quisiera aportar en esta perspectiva, desde mi experiencia de casi un año de vida y de trabajo en un pueblo africano. Una de las sorprendentes riquezas con las que se encuentra uno al llegar a este Continente, es precisamente el descubrimiento del sentido y de la valoración que aquí se da a la vida familiar. El proceso de modernización social, cultural y tecnológica que viven los pueblos africanos a raíz de la descolonización reciente, parece no haber logrado hacer su impacto en la estructura familiar. Existe aquí un sentido fuerte de identidad familiar garantizado de alguna manera por la misma estructura tribal de la sociedad. Esta identidad familiar logra dar al individuo un sentido de pertenencia, de identificación muy visibles; sentido que tal vez ha ido desapareciendo una, en nuestra realidad colombiana y latinoamericana, a raíz de la pérdida de identidad no solamente familiar sino sobre todo cultural que hemos vivido en los últimos años; sentido de identidad que es decisivo no solamente para el proceso de estructuración psicológica que necesita todo ser humano, sino también para su integración y su aporte a la sociedad. A este sentido de pertenencia, a esta solidificación de la identidad personal y social, contribuye de manera grande todo el mundo simbólico-religioso que acompaña la vida y el proceso humano de estos pueblos. El mundo de los símbolos, las celebraciones festivas, son creadores de identidad, asignadores de responsabilidades. Es éste el sentido del ritual de la circuncisión, es un puro acto de iniciación no solamente a la fecundidad, a la vida sexual; es toda una experiencia educadora integral a los valores sociales, culturales, étnicos, religiosos y ecológico. Es como un noviciado, largo en algunas etnias, a partir del cual el adolescente descubre los valores de vivir en familia, de convivir en sociedad; es una escuela de iniciación y

conocimiento claro y abierto de su dimensión sexual. Este noviciado que acompaña el ritual de la circuncisión.

4. Habida cuenta de que apenas hace dos años se dio la independencia del último Paft africano.

5. No podemos predecir hasta cuando dure la situación de resistencia de la institución familiar a las amenazas de los efectos secundarios negativos de este proceso pluriforme de modernización de alguna manera, la conformación cultural tan peculiar de la familia africana «extensa» mucho más amplia que la nuestra occidental, de familia, parece en el dentro de misma sus defensas contra el virus desintegrado que la amenaza.

6. Asumimos aquí a circuncisión en su dimensión social, cultural, educativa, no en su dimensión propiamente biológica, (la cual es sólo una parte del ritual; frente a ella, a biológica, de' nuestras muy serias reservas, en especial con referencia a la circuncisión femenina o cliptórico la cual es claramente una mutilación de la mujer; frente a ella comienzan a actuar aquí con organizaciones de defensa de los derechos humanos, logrando por ejemplo, en países como den una prohibición legal, prepara al hombre y a la mujer para lanzarse a la lucha de la vida, no siempre fácil, a la cual ellos llegan de alguna manera «apertrechados» de un cúmulo de valores y de convicciones que le aporta este tiempo de preparación y de vivencia de la circuncisión.

Impacta aquí en África la constatación de esta fuerza constitutiva de lo simbólico, de lo ritual; sobre todo cuando pienso en lo que va sucediendo en nuestra sociedad colombiana y en la cultura occidental en general, una sociedad y una cultura frías, lánguidas, que han eliminado casi totalmente los símbolos, los rituales y que a los pocos que ha dejado los va masacrando inmisericordente.

Este asesinato de lo ritual, de lo simbólico, es grave especialmente de cara a ciertos rituales familiares que han ido desapareciendo entre nosotros, y con ellos, una de las posibilidades de transmisión de valores culturales, educativos, familiares. Pienso que al mirar hacia pueblos como el africano, hacia los soportes constitutivos de sus estructuras familiares y culturales, nos viene bien no para transplantar experiencias, rituales, costumbres sí

para hacer un camino de búsqueda de nuestra identidad perdida, mancillada, la de nuestra maravillosa cultura Amerindia, de nuestro «Ahya Yala», y descubrir rasgos culturales, simbólicos ofuscados en nuestraseudocultura actual, que nos permitan un proceso de valorización de la estructura familia, de descubrimiento de sus potencialidades como formadora de personas, como educadora en el amor por la vida (aún por la del ecosistema), como promotora del desarrollo.

Esta reflexión sobre la educación como acto ético familiar que concluimos, no tiene otro objetivo más que si de suscitar un primer espacio de debate, de confrontación, de diagnóstico, sobre la dimensión educadora de la familia; sobre su responsabilidad ético-moral en el proceso de convertirse en persona, de insertarse positivamente en la sociedad, que debería acompañar a todo ser humano. Y a la vez, ir buscando caminos concretos de salida a la situación; aportes específicos que podrían ayudar a padres de familia y a educadores a no renunciar ni «voluntaria» ni «involuntariamente» a su responsabilidad histórica como familia, como matriz de humanidad.

7. Nombre que las poblaciones indígenas proponen hoy para desistir el Continente.

8. Es así como presentaron la familia los Obispos de América Latina reunidos en Medellín en agosto de 1968 para hacer un diagnóstico y una propuesta pastoral para el continente, el papel de animadora de la fe

2. Educar, Acto Ético Político

Este segundo acercamiento a la Educación nos lleva a descubrirla un poco más allá de la dimensión familiar, en la perspectiva socio-política. Tampoco aquí pretendemos hacer una aproximación sistemática desde el punto de vista socio-político a la problemática de la Educación

Pretendemos solamente hacer unas observaciones sobre lo que podríamos llamar: la Educación, imperativo moral de la sociedad, del estado; observaciones que puedan provocar una reflexión sobre la responsabilidad

de cada uno de nosotros y de las instituciones con las cuales estamos comprometidos, de cara a la Educación.

Si en relación con la Institución familiar constatábamos un gran vacío educativo, mucho más tenemos que hacerlo ahora en relación con el Estado con las instituciones diversas a través de las cuales éste se actúa, se concretiza. En esta perspectiva, pienso que la renuncia del Estado a su responsabilidad de ser creador de Educación, instancia de formación en la línea de los valores éticos y humanos fundamentales, de generación de ciencia y de sabiduría, es claramente una renuncia «voluntaria»; renuncia que en el fondo no es más que una negación de sí mismo, de su razón de ser como Estado, como institución social, garante de la vida y del bienestar de todos los individuos. Varios hechos que confirman esta constatación quisiera traer para incentivar una mirada crítica y aportadora a la problemática.

2.1. La atención presupuestal

No es desconocido para casi ningún colombiano⁹ la pingüe, la miserable atención presupuestaria que el Estado dedica a la Educación, a la Cultura; las estadísticas están ahí, a la vista... Esta desatención presupuestal del Estado a un área tan decisiva y fundamental de la sociedad, a este derecho primario de los ciudadanos, adquiere carácter de cinismo y dramaticidad, por decir lo menos, cuando se mira comparativamente la asignación del presupuesto educativo con el militar

9 En el cuatrienio de 1994-1995, se invirtió para educación, 12,6 billones de pesos, lo que representará en 1998 una participación de 5,51% del gasto educativo y cultural en el P. El 72% de este gasto se orientará a la educación preescolar, básica y media. Para justicia, Derechos Humanos y Seguridad Ciudadana, se invertirá 364,768 billones de pesos...» Con el Salto Social. Plan Nacional de Desarrollo. Ley de Inversiones 1994-1996, Presidencia de la República, Departamento de Planeación.

Pero no son solamente las estadísticas ‘as que dan razón de ser de esta irresponsable «renuncia voluntaria» del Estado a su ineludible contribución a la tarea educativa; a la vista de todos están las dificultades de escuelas,

colegios, universidades y demás instituciones educativas, para cumplir con su tarea; obstáculos institucionales que impiden una adecuada prestación de servicios al mundo escolar. Esta desidia estatal en relación con el apoyo presupuestario que necesitaría y merecería la educación tiene unas implicaciones más graves:

- En primer lugar, la desmotivación y el desgano de las instituciones y de las personas que están al frente de la labor educativa. Si bien es cierto que en nuestro país la calidad de la educación se ha ido perdiendo por la falta de responsabilidad y de Ética profesional de muchas instituciones, de muchos educadores, y esto no lo podemos desconocer ni ocultar-, también lo es ejemplo que dicha desmotivación obedece en buena parte al trato inadecuado y muchas veces injusto, por parte del Estado a los mismos educadores; de ello dan testimonio en buena parte el retraso en el pago de los salarios a los maestros y maestras, la falta de incentivos profesionales, etc.

- En segundo lugar, esta realidad de desatención presupuestal genera una situación de injusta desigualdad en el acceso de buena parte de la población a ese derecho fundamental que es la Educación; sólo un reducido grupo de privilegiados puede llegar en nuestro País a este espacio de crecimiento humano, de encuentro con la sabiduría. Signo de esta realidad es lo que podríamos llamar la pirámide de desechables de nuestro sistema educativo colombiano.

2.2. El no control de los medios de comunicación

Es el segundo hecho, o situación que valdría la pena poner en el tapete de la discusión. Ninguno de nosotros puede desconocer el maravilloso impacto que sobre la sociedad y sobre cada una de las personas ha generado el surgimiento y acelerado progreso de los medios masivos de comunicación; casi que tendríamos que decir que hoy, en el estado en que están los avances tecnológicos.

En Colombia el 80% de los niños ingresan a la Educación Básica Primaria, de ellos, el 60% a Secundaria y de éstos últimos, el 8% ingresa a la Educación superior (Datos aproximados extractados del trabajo investigativo CONFES de la juventud, 1995).

Los jóvenes, (por qué no decirlo también, en los adultos) lentamente su capacidad creativa; que va contaminando su imaginación y sus sueños, convirtiéndolos en «minusválidos» literarios; una indigestión, que los va «castrando» culturalmente reduciéndolos a ser simplemente imitadores de culturas foráneas; pero que por sobre todo, los va condenando al ostracismo terrible de la incomunicación familiar, del encuentro interpersonal. Ya se ha vuelto un lugar común decir que el puesto que en la familia ocupaba el diálogo, la comunicación afectiva e interpersonal, hoy lo ocupa la televisión, el computador el betamax; más que un «lugar común».

Esta constatación es el acercamiento, nunca lo suficientemente intenso, a una dramática realidad de nuestro tiempo.

Este reemplazo de inducción de valores que hoy hacen los medios de comunicación social, en especial la Televisión, hace que la labor educativa de los padres, así como de las instituciones que quieren tomar en serio su papel, tenga que ser más bien una paciente labor de «des-aprendizaje», de ayudar al niño a vaciarse de todo aquello que le va dejando en su mente, en su imaginación, en su existencia toda, esta indigestión televisiva; hoy más que nunca es urgente esta tarea de ecología educativa para padres y educadores. No puedo más que aportar en este sentido, lo que ha significado para mí el encuentro con esta comunidad Maasai-Samburu descontaminada televisivamente.

Esta vida simple, dedicada completamente al pastoreo de sus ganados, sus cabras y camellos, en un contacto íntimo y muy humano con la naturaleza, va generando unas relaciones familiares, comunitarias, en las cuales hay espacio privilegiado para el encuentro, para el diálogo, para el recuerdo de su historia, para la memoria de sus antepasados. Otro es el ser humano que se va «educando» en el diálogo con la naturaleza, con los animales; que se va «iniciando» al maravilloso mundo simbólico religioso, a través de los relatos, los poemas, las oraciones que por las noches, a la luz de la luna, al calor del fuego sagrado y bajo la mirada de las estrellas, los ojos vigilantes de ENKAI, Dios, para los Samburus y Maasai les van contando los viejos, los abuelos.

Este encuentro vespertino diario, después de que los pastores y las pastorcitas han puesto el ganado bajo protección, encuentro rico de

diálogos, de relatos, de poesía, de sueños, vivido aquí en este desierto Samburu, me hace evocar ciertos encuentros familiares, allá entre nosotros, encuentros llenos de riqueza humana, existencia, que tal vez hoy ya no sea posible tener por el ritmo de vida, por las condiciones económicas, laborales, culturales. Sin pretender devolvemos nostálgicamente al pasado, si creo que estamos desafiados a hacerle espaciar en nuestro ritmo de vivir a estas experiencias de encuentro, de calor humano compartido, familiar; es éste otro de los desafíos sobre los cuales valdría la pena dialogar.

2.3. La dictadura técnico-científica

Esta tercera constatación da razón del vacío educativo generado por la renuncia del Estado a asumir una educación integral de todos los ciudadanos, a propiciarla como uno de sus grandes imperativos éticos. Mucho se ha hablado y escrito sobre esta reduccionista orientación de la Educación y de la organización social, igual que en relación con los medios de comunicación, tenemos que reconocer también aquí el inmenso aporte y la maravillosa riqueza que han significado las ciencias exactas, la tecnología, para el progreso de la humanidad.

Desde ningún punto de vista y bajo ninguna justificación podríamos estar en contra ni de la ciencia ni de la tecnología, esto es evidente. Pero es necesario estar muy alertas al peligro de lo que podríamos llamar la «dictadura» de la racionalidad técnico-científica. Nosotros, nuestra cultura occidental, nuestra educación y es indudablemente heredera del imperio de la razón, inoculado en casi todas las instancias del saber y del buscar humanos, por la poderosa filosofía iluminista, para la cual el acceso a la verdad se da solamente a través de la racionalidad, sea ésta filosófica o matemática; ya conocemos los efectos de esta dictadura de la razón filosófica y matemática que infectó nuestra Educación, nuestro modo de pensar y de ver el mundo, y que mucho después del iluminismo (el famoso Aufklärung alemán) se prolonga hoy como en el imperio de la razón política, de la razón económica. Este imperio de la razón, que como observaba hermosamente, avanza como un «invierno del espíritu, es el responsable del surgimiento de muchos monstruos; no otro nombre podríamos dar a los engendros de este sueño absoluto de la razón que es tal

vez Goya, el gran pintor español quien mejor describe en sus cuadros sin resultado de esta dictadura.

¿No serán el Nazismo, la guerra (mucho se ha hablado de ella estos días a raíz la celebración del cincuenta aniversario de finalización de la segunda guerra mundial), monstruos engendrados por el absolutismo de la razón política?

4. Alguna palabra habría que decir, en relación con los efectos que la economía de mercado está produciendo en este momento de la humanidad; ella tiene su incidencia no solamente en el mundo económico y comercial; su efecto se percibe también en la manera de pensar y concebir las relaciones interpersonales y sociales. El neoliberalismo no es sólo un sistema socio-económico; es una manera de ver el mundo, una cosmovisión, una antropovisión, como bien lo constataban los Obispos de América Latina en la Conferencia Episcopal de Santo Domingo en 1992. El neoliberalismo y la economía de mercado reducen al hombre y a la mujer al simple papel de consumir producir-consumir la ganancia y el aprovechamiento económico son su único dogma.

Aunque tenemos que valorar el saber científico y tecnológico, tenemos que afirmar al mismo tiempo que son solamente una de las maneras del hombre y la mujer acercarse al mundo y relacionarse con él; hay otras formas de acceso a la verdad y a la sabiduría, de aproximación a la realidad. Esta dictadura de la razón científica, tecnológica, de mercado, ha dejado a un lado acercamientos a la verdad y a la sabiduría, como el metafísico, el ético, el estético, el afectivo, el espiritual; lentamente se va introduciendo en nuestros pñsumes educativos, en nuestros proyectos pedagógicos, este imperialismo de la razón técnico-científica y comercial, realidad ante la cual vale la pena reaccionar personal e institucionalmente. Es necesario estar atentos entre nosotros al avance de este «invierno del espíritu que denunciaba la Yourcenar y hacerle frente con la activación.

14. Evidentemente que en este aspecto tenemos que reconocer nuestra incompetencia en asuntos de economía. No poseemos ninguna autoridad para afirmar si el neoliberalismo sea o no la única alternativa técnicamente válida para este momento económico de la humanidad; los economistas tendrán la palabra en este sentido. De o que si podemos hablar y dar razón

es de los nefastos efectos que la aplicación de la política neoliberal está teniendo en las condiciones de vida de los más pobres; de esta «dinámica de exclusión» de la cual hablan los economistas más críticos, intrínseca al sistema capitalista de mercado en su versión neoliberal, de esa implacable presión a la productividad lucrativa sin atención a los «costos sociales» que está permitiendo que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, como lo ha denunciado incansablemente la Doctrina Social de la Iglesia. El efecto dramático de estos «costos sociales», que resulta de las famosas políticas de ajuste» que hoy imponen el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (santuarios del neoliberalismo) a los países pobres, lo percibe uno con claridad aquí en Africa. Por otro lado, la reciente crisis económica de México, país presentado como modelo de aplicación de la política neoliberal en América Latina, ¿no será un signo de [as contradicciones internas del neoliberalismo? de una ética y una espiritualidad capaces de resistir al proceso de generación de nuevos monstruos. En esta perspectiva es sumamente aportador este texto del teólogo Chileno Pablo Richard que transcribo a continuación:

... Si el sistema de mercado nos mata el espíritu, se hace más necesaria hoy que nunca una espiritualidad liberadora y creadora.

No existe a corto plazo una alternativa al sistema de Mercado; pero existe una alternativa al espíritu del sistema.,, podemos vivir una cultura alternativa al espíritu del sistema.,, podemos vivir una otra alternativa a la cultura consumista y materialista del mercado. Podemos vivir una ética de la vida de frente a la ética de muerte del cado»

Para terminar esta reflexión sobre la educación como acto ético Estado, es necesario tomar conciencia de la necesidad de hacernos mutuamente, un llamado a discernir con claridad, a señalar con valentía todos los aspen los cuales el Estado, ya sea por omisión (apoyo presupuestal, desidia ante uso de los medios de comunicación), o por acción (introducción de la dic de la razón técnico-científica en las reformas educativas, aceptación de las decisiones culturales de donantes o prestamistas de créditos), está afectando la población, renunciando con ello a ser garante primario del derecho fundamentado de todo ciudadano a la misma.

Un llamado que en segundo tugar toca a la puerta de nuestra sociedad personal como padres y madres de familia, como educadores, gentes, para

hacernos conscientes del ineludible papel educador y ético más de cara a las generaciones presentes y venideras.

II. LA EDUCACIÓN, ACTO ÉTICO... DE AMOR

Nuestra reflexión nos acerca en este momento final a un aspecto que es clave y decisivo en el debate sobre la ética y la educación; es por acercamiento al ser mismo, al contenido de la educación, algo en esta perspectiva, conscientes también de la imposibilidad de dar un aporte sistemático y desarrollado sobre este aspecto constitutivo interno de la educación; no tendríamos más que remitir aquí al acercamiento a las diversas propuestas o proyectos de educación. Más que sobre el contenido, la metodología y el proyecto mismo del acto educativo, lo que pretendemos es dar una especie de «pincelada» sobre lo que consideramos como el espíritu, la perspectiva, el camino el de todo proyecto, de toda metodología y de toda pedagogía educativa: el amor, Al enunciar así, tal cual, la perspectiva y el horizonte del acto educativo; al darle este tinte a la experiencia educadora, se podría pecar un poco de romanticismo; afirmar que el amor es lo que identifica todo proceso de aprendizaje humano, podría ser visto como una frase bonita más de las que con frecuencia se pronuncian o escriben; creemos que no! Al menos en esta nuestra intencionalidad al hacer esta formulación. Darle este tinte a la educación no es más que acercarnos al fondo mismo de lo que ella es como acto profundo y radicalmente humano; es adentrarnos en la búsqueda del horizonte existencial, espiritual, de la educación; es poder pasar por encima, rechazándola radicalmente, la concepción tecnicista, puramente mecánica de la educación; es en fin, encontrarnos con su propia identidad. En la línea de superar el peligro romántico en este planteamiento de la educación como acto de amor, al cual aludíamos más arriba, queremos ahora presentar los horizontes desde los cuales el amor puede ser propuesta constitutiva de la educación, su horizonte ético.

1 El Amor como Libertad

Un gran pensador y filósofo de la escuela existencialista francesa de

orientación cristiana, Gabriel Marcel, escribió alguna vez: «Amar a otro es decirle: tú eres libre!»; nos parece que esta concepción marceliana nos ayuda a asomarnos al primero y más decisivo ingrediente constitutivo del amor: la libertad.

Es bien difícil para nuestra mentalidad entender y aceptar esta afirmación; lo es más para la ideología y el pensamiento institucional oficial. Lo es difícil para nosotros, porque somos herederos de una tradición y de una cultura claramente individualistas, en la cual, la propia afirmación se logra a costa de la destrucción del otro; porque venimos de una mentalidad que que amar a otro es poseerlo; es decirle: tú eres mío, tú eres mía. Lo es difícil para una mentalidad social e institucional heredera de una concepción puramente economista de las relaciones, en la cual los individuos y los grupos sociales existen como objetos de posesión y de manipulación. Nos parece fundamental descubrir en esta perspectiva marceliana, que el amor, auténticamente vivido, (el de pareja, ej. interpersonal, el social, el político) es la posibilidad de descubrir al otro en su identidad, en su autonomía, y no en su condición de cosa, objeto a poseer; en esta línea, amar a otro es decirle: tú eres. Tocamos aquí el punto central de lo que se podría llamar la dimensión liberadora de (a educación; dimensión que fue bellamente desarrollada, (pero sobre todo testimoniada con su vida, con su trabajo, con su exilio) por Paulo Freire dimensión que por otra parte constituyó [a esencia de la vida de uno de los grandes maestros de la humanidad, para nosotros como creyentes si gran maestro Jesús de Nazareth.

No es evidentemente el objeto de este texto, profundizar esta parte de la educación en su connotación religiosa, cristiana; sin embargo, no resistimos [a tentación de decir siquiera algo en relación con esto que podríamos llamar el proyecto educativo de Jesús, un proyecto como ninguno, horneado al calor del amor y de la libertad, un acercamiento que, libres de cualquier confesionalismo, tenemos que reconocer como aportador a la búsqueda de cualquier sentido interno del educar. Somos conscientes de que la presentación institucional, espiritualista y equivocada que de Jesús se ha hecho en muchas de nuestras escuelas e iglesias, ha impedido a creyentes y no creyentes, beber en este pozo inagotable del amor y de la libertad que fue la existencia toda de Jesús; los siguientes párrafos intentan barruntar al menos algo de este rico horizonte. Basta con acercarnos a

algunas de sus palabras y de sus gestos, para descubrir allí, en la vida y en la praxis de Jesús un canto existencial y testimonial al amor y a la libertad: «El Espíritu del Señor está sobre mí, El me ha ungido para traer Buenas Nuevas a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver a despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor» (Lucas 4, 18-19).

En este texto, que es como la primera aparición en público de Jesús, aparece justamente su proyecto de vida, aquello para lo cual vino: vino para poner en camino de libertad, para dignificar a aquellos a quienes la historia, la situación económica y política, os condicionamientos psicológicos o religiosos tenía en la «opresión», en la «ceguera», en la «cautividad».

Educador brasileño, creador de la famosa pedagogía del oprimido y propulsor de la educación Liberadora, expulsado por los militares de su país a causa de su compromiso social. Sus dos grandes obras, en su solo título, prefiguran o que es este horizonte liberador de la educación: «La Educación como práctica de la Libertad» y «Pedagogía del oprimido». En esta perspectiva, y glosando también a Gabriel Marcel habla que decir Educar a otro es decirle: tú eres, es ayudarlo a descubrir las potencialidades y responsabilidades de su libertad.

El mensaje de Jesús, su misión, tocan claramente el corazón de las estructuras socioeconómicas, políticas, culturales y religiosas que en su época producían «pobres», «cautivos», «oprimidos». Jesús asume esta dimensión claramente libertadora anunciada y perfilada ya no solamente en la predicación de los profetas de Israel⁷. Basta mirar con cuidado los relatos evangélicos para descubrir en las palabras y en la praxis de Jesús toda una propuesta de liberación a partir de la experiencia del amor. Al mirar la manera como Jesús concebía el ser hombre y el ser mujer; al contemplar la forma como hablaba de Dios, al ver el proyecto de sociedad con que soñaba, encontramos o que podríamos llamar la propuesta antropológica, teológica, y social de Jesús; propuesta que bien podría iluminar cualquier proyecto educativo que pretenda ser integral.

Su propuesta antropológica: en Jesucristo encontramos una propuesta antropológica fascinante. La manera como concibe el ser hombre y el ser

mujer; el perfil de «ser humano» que revela a través de sus palabras y de sus relaciones es de verdad una oferta a quien quiera hacer la experiencia humana en plenitud. Su clara afirmación de que en el hombre y en la mujer, su felicidad, están por encima de la ley y de la religión misma⁸ su revelación de que la plenitud humana se encuentra en la vivencia de dos amores que son uno: el amor a Dios y el amor humano concreto; su afirmación de que los más pobres, los más débiles y desprotegidos, deben ser el primer objeto del amor personal e institucional, todo esto hace que su proyecto antropológico, su propuesta de ser hombre y de ser mujer se convierta para quienes la asumen en fuente de liberación.

Su propuesta teológica: en Jesucristo existe también una propuesta teológica, es decir, una oferta de experiencia religiosa, claramente liberadora. Sabemos que para muchos hombres y mujeres Dios es como un peso aplastador, es la fuente y causa de muchas de sus angustias; es un Dios verdugo, castigador, opresor. Mirando cuidadosamente la manera como de Dios habla Jesús, tenemos que afirmar que ese Dios tirano, verdugo, castigador, lejano de la vida y de la realidad humana, no es el Dios de Jesús, el Dios de Jesús tiene otro rostro, un rostro tierno, maternal, bondadoso; es un Dios Padre-Madre de la vida⁹

Adentrándose uno en el mundo religioso de Jesús de Nazareth no encuentra en él absolutamente ningún rasgo de ese «Dios» crudamente denunciado por los tres famosos Maestros de la Sospecha», Nietzsche, Marx y Freud. El Dios de Jesucristo, si que anuncia en la sinagoga de Nazareth al iniciar su misión, el que deja ver a través de su praxis de vida, en sus encuentros con las mujeres, con los niños, con los enfermos, con los pecadores, (con todos los marginados, excluidos y oprimidos de su época) no es el Dios que encontró Marx «bendiciendo» [a explotación laboral de la Inglaterra y Alemania de su época no es el «Dios» que descubrió Freud cuando se asomó en su práctica psicoanalítica a la Psique enferma de tantos hombres y mujeres atormentados por una religiosidad familiar e institucional desviada; no es si «Dios» de los delirios filosófico- morales de Nietzsche; no es ni siquiera el «Dios» atrapado en buena parte de la Institución Eclesiástica que en muchos momentos de su historia, se ha anunciado y defendido más a sí misma que al proyecto liberador de Jesús. El Dios de

Jesucristo tiene otra cara, otro rostro, otra voz: el rostro del amor, la voz de la libertad y dignidad humana.

Su propuesta de sociedad: Jesús no solamente nos presenta una antropología, es decir, una manera de ser hombres y de ser mujeres; no solamente nos presenta una teología, es decir, una manera de hacer la experiencia con Dios; también nos presenta un proyecto de sociedad, una manera de organizar la política.

En este sentido, la propuesta de Jesús, la experiencia misma de la fe, si bien no se reducen a una propuesta económica o política, si tienen una incidencia grande en ellas. El Evangelio presenta una manera de vivir y concebir las relaciones sociales pero que los perfila desde unos claros y precisos valores éticos, sin los cuales ni la política ni la economía podrían ser humanas, mucho menos cristianas. Podríamos resumir así esta propuesta de organización de la «polis» que aparece en el proyecto liberador anunciado por Jesucristo:

19. Revelador de ello es la manera como Jesús se refiere a Dios; no le asigna casi ningún título poder. Lo llama «Abba», cuya traducción del lenguaje bíblico original al nuestro sería la más tierna de llamar al papá, ‘papacito».

a) Una sociedad estructurada no sobre sí misma y sus leyes, sino sobre la prioridad absoluta del ser humano, que pone a la base de sus objetivos la realización humana plena de todo hombre y de toda mujer.

b) Una sociedad estructurada a partir de los valores fundamentales y fundamentales de la justicia y la igualdad; centrada en el principio del «destino universal de todos los bienes de la tierra».

c) Una sociedad construida sobre el principio y la realización de la solidaridad, el amor social y la fraternidad universal; orientada toda ella a la realización del «Bien Común» y no solamente del bien particular de unos pocos privilegiados.

d) Una sociedad en la cual si poder (familiar, social, político, religioso), es concebido como servicio y no como dominio prepotente.

2. El Amor como Encuentro

Esta perspectiva del encuentro es lo que quizá confiere al amor una dimensión de mayor profundidad y lo libera igualmente de una concepción puramente romántica; hablarnos evidentemente aquí del encuentro entendido en su horizonte más amplio. En este aspecto han ahondado muchos de los estudiosos del amor²⁰. Es claro que una propuesta educativa que quiera fundamentarse en el amor como valor generador de nuevas actitudes personales y sociales, tiene que llegar a dejar como una impronta en cada ser humano al que se acerca: la necesidad del diálogo, del encuentro, de la fraternidad. El amor no puede quedarse reducido a la propuesta única del encuentro como relación de pareja: el debe ir mucho más allá, como muy hermosamente lo decía Antoine de Saint-Exupéry:

Amar no consiste en mirarse el uno al otro, sino en mirar ambos hacia una misma dirección...». Si la educación no lanza a los seres humanos al encuentro, a la apertura, a la aceptación del otro, a la tolerancia, ella se estará negando a sí misma como acto de amor. Un encuentro, un diálogo y una tolerancia que tienen.

Cito aquí tres que se me vienen de momento: Emanuel Levinas, filósofo de origen judío quien desarrolla una hermosa teoría sobre la realidad», el otro, Erick Fromm, más conocido entre nosotros por obras como «El miedo a la Libertad» y «Ser y Tener», Más cercano todavía, en el mundo latinoamericano, Enrique Dussei, discípulo de Levinas, quien desarrolla una teoría latinoamericana de la ética del Amor, de la realidad.

3. El Amor como Justicia

Amar a cada cual como es, no sólo desde sus debilidades y defectos, sino a ayudarlo a liberarse de estas debilidades y defectos, es el mejor servicio a la justicia.

Esta educación para el sentido de la justicia tiene que presidir todo el proceso de formación de la persona, especialmente desde su primera infancia; es una educación además imposible de dar solamente desde el punto de vista teórico, intelectual; si el niño no aprende en el seno de su

misma familia, en las relaciones paterno maternas, en fin, en toda la relación familia; qué significa la justicia, mal podrá aprenderlo en el campo de la sociedad. Si en la escuela, en ámbito de las relaciones y de las prácticas institucionales escolares el niño que partir de la aceptación de las diversidades, del respeto por las diferencias, de la eliminación de cualquier tipo de fanatismo, del acercamiento a la verdad como objetivo de un auténtico y eficaz diálogo.

Esta comprensión del amor como encuentro, como diálogo, como respeto por las diferencias y las diversidades, pero como acercamiento a la verdad, que debería permanecer todo proyecto educativo, podría ser principio de alternativa a la realidad actual de violencia e intolerancia de nuestra sociedad colombiana. Valdría la pena aunar esfuerzos interdisciplinarios e institucionales para describir propuestas reales y viables que puedan introducir tanto en el mundo de la educación formal como en el de la informal, este espíritu, esta dimensión.

Desde la definición clásica aristotélico-tomista de justicia como «dar a cada cual lo que le corresponde», a la reflexión actual sobre este valor² ha corrido mucha tinta. Tal vez estemos todavía muy lejos de entender lo que de verdad significa el valor de la justicia en el proceso de crecimiento de las personas, en el trabajo de construcción de una sociedad auténticamente humana. No puede concebirse una experiencia del amor auténtico (sea éste interpersonal o social) sin un mínimo de presencia de la justicia. Educar para el sentido de la justicia, no para aquella que nos lleva a dar a cada cual lo que le corresponde, (casi siempre lo que creemos que le corresponde), sino para la que nos lleva a dar a cada cual lo que hace más radicalmente humano más plenamente feliz, es el mejor servicio al amor.

Tiene el paradigma de la justicia, mal lo podrá descubrir en los otros ámbitos socialización. Creemos que esta testimonialidad tanto familiar como institucional son decisivas para ir generando en el educando el verdadero y urgente sentido de la justicia que dará a la sociedad la garantía de una convivencia más pacífica.

III. CONCLUSIÓN

Una última palabra tendríamos que decir en relación a la educación y sus implicaciones con la paz. y la decimos, no porque sea éste tema obligado

de quienes quieren pronunciarse en relación con la situación actual del país; la decimos, porque es parte de nuestras convicciones más íntimas; porque puede, de alguna manera, englobar todo lo que hemos venido reflexionando a lo largo de este aporte: a la anhelada, merecida y urgente paz no se llega de repente, por decreto; la paz es el fruto de un camino paciente, de una marcha educativa integral, de una real, clara y decidida voluntad de amor; no de la «voluntad de poder de la que hablaba Nietzsche. La paz para nuestro país, para cualquier país, no puede resultar sino de un acto de justicia, de amor político; a él tenemos que contribuir todos; y lo haremos si logramos llegar a la experiencia de integración y reconciliación con nosotros mismos, con Dios, con los demás hombres y mujeres que nos rodean, con la naturaleza y el medio ambiente. Es el resultado de un camino que pasa por la experiencia del amor vivido como libertad, como encuentro, como justicia. Para ayudarnos todos mutuamente en esta caminata necesitamos una nueva conciencia; una conciencia que nos permita, después de mirar al pasado para aprender de él, poderlo superar y ser parte de un sueño nuevo para la humanidad, el de Jesús de Nazareth, el de Gandhi, el de Luther King. Tal vez hoy más que nunca, en este final de milenio, huérfano de utopías, podamos ser cada uno de nosotros realizadores de esos pequeños sueños que hacen fecunda la vida, que nos llevan a ser, desde cada una de nuestras formas y espacios de trabajo, padres y madres de un futuro diferente, de una casa humana más feliz para los que nos seguirán. Quizá este texto de uno de los grandes teólogos latinoamericanos, más arriba citado, recoja lo que quisiera expresar y desear desde aquí para ustedes, hombres y mujeres:

No estamos viviendo una época de cambio sino un cambio de época; y esto exige un trabajo profundo para reconstruir la esperanza y la utopía sobre fundamentos nuevos y profundos; fundamentos sólidos a fin de que otros puedan construir sobre ellos. Nosotros debemos ser parte de estos fundamentos...» (Pablo Richard).

